



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

Sucesión Presidencial de 1910

El derrumbe del Porfiriato

Los primeros síntomas de descomposición del Porfiriato empezaron a aparecer entre 1904 y 1908, después de que un Gobierno extremadamente autoritario y personal había logrado en los últimos quince años prosperidad económica, orden y estabilidad.

Porfirio Díaz tenía 75 años de edad en 1904, y 24 de ser presidente, sus colaboradores eran ancianos, en cambio la mitad de la población de México tenía en promedio menos de 20 años de edad y el 42% entre 21 y 49 años. Por primera vez hubo un Vicepresidente de la República, Ramón Corral, de 56 años, que podría sustituir a Díaz.

La población opinante que apoyaba al régimen se empezó a preguntar qué pasaría después de Díaz, y los que no lo apoyaban, o sea casi todos los otros grupos sociales le empezaron a encontrar defectos a la dictadura y ésta “entra –como ha dicho Luis González–, en una senda de soledad y animadversión difícil de entender en su conjunto... [y que día a día] empieza a restar admiradores y a sumar críticos” a Díaz y su camarilla. Entre los desafectos, estuvieron ietrados más o menos jóvenes de la clase media urbana, rancheros, algunos terratenientes, sacerdotes, artesanos, trabajadores industriales y braseros que por entonces tenían entre 30 y 45 años de edad, o sea la generación maderista, que se volvieron muy agresivos. En general habían estudiado para maestros y abogados y “habían adquirido convicciones e ideales sobre política, administración, economía, finanzas y sociología... (que) aspiraban... ponerlos en práctica... (tomando) parte activa en el Gobierno”, pero al ver que éste no los incorporaba a sus filas se transformaron en críticos feroces de la situación. Además atraieron a los intelectuales

más jóvenes, que por entonces tenían entre 18 y 34 años de edad, recién egresados o alumnos de escuelas profesionales. De suerte que dos generaciones, la maderista y la del Ateneo de la Juventud, criticaron al régimen por la inmigración extranjera de hombres, capitales y modas, y lo acusaron de extranjerismo desmesurado. No eran revolucionarios, no aspiraban a la realización de valores nuevos ni otras metas. Eran patriotas como la élite porfiriana, y como ella, buscaban libertad, orden y progreso, pero muy deseosos de poder y hartos del régimen.

Las manifestaciones hostiles al régimen habían dado principio con el siglo XX. En 1901 Camilo Arriaga convocó a esa juventud a un Congreso en San Luis Potosí, del que surgió la Confederación Liberal, que formó el Partido Liberal Constitucionalista. En su manifiesto atacó las arbitrariedades y abusos del régimen. Al año siguiente se reunió otro Congreso en el que sin apartarse de la doctrina liberal subió el tono de la protesta, exigiendo libertad de expresión y de sufragio, municipio libre, reforma agraria; además de proponer que se cubriera el país de clubes liberales, los cuales llegaron a 200 y se expresaron a través de sus periódicos *El Renacimiento* y *Regeneración*. En 1903 lanzaron otro manifiesto firmado por Arriaga, Antonio Díaz Soto y Gama, Juan Sarabia los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, y tres mujeres, ratificando su lucha contra el clero y añadieron el militarismo; pretendían unificar al "proletariado" y atacaban a ricos, extranjeros y funcionarios públicos. El Gobierno reaccionó rápido y violentamente por lo que Arriaga y los Flores Magón se refugiaron en Estados Unidos. Allí se dividieron, y los Flores Magón, con Sarabia, Antonio I. Villarreal y Librado Rivera, lanzaron desde St. Louis Missouri, en 1906, el Programa del Partido Liberal Mexicano, que fue antirreleccionista, antimilitarista, libre pensador, anticlerical, laborista y agrarista.

Más estruendoso fue el rompimiento de la ya numerosa clase obrera con el régimen, por los bajos salarios, las jornadas interminables, el trabajo dominical y nocturno, insalubridad e inseguridad en los talleres y abusos flagrantes, como multas. Al patrón lo empezaron a desafiar desde el principio de la era liberal, con las autoridades sólo había habido piques de poca importancia y ningún roce con el país, pero desde 1904 o 1905 se deterioraron las relaciones obrero-patronales y algunos gobernadores, como los de los estados de México y de Nuevo León, que advirtieron la ira obrera, trataron de anticiparse a la Revolución dictando leyes sobre accidentes de trabajo. Sin embargo, a partir de 1906 estallaron tres conflictos fuertes: la huelga de Cananea, el problema con los ferrocarriles del Norte y la protesta de Río Blanco. El primero fue un movimiento laboral. Los obreros de la empresa cuprífera habían formado una unión que hizo suyas las resoluciones de la Junta Organizadora del Partido Liberal el 28 de septiembre de 1905, lo que sumado a la preeminencia y agravios de los norteamericanos los llevaron a la huelga el primero de junio de 1906, a la que siguió la masacre de los trabajadores por la policía de Estados Unidos. El segundo conflicto fue la huelga de



Dos conflictos obreros que
estallaron a partir de 1906:
las huelgas de Cananea...

los mecánicos del Ferrocarril Central en Chihuahua, que a Porfirio Díaz le pareció injusta e inaceptable, pero él como árbitro, trataría de obtener de los empresarios lo justo y legítimo. El tercer conflicto fue el de los obreros textiles de Río Blanco, quienes formaron el gran Círculo de Obreros Libres en abril de 1906, seguido de la publicación de un periódico radical, que se complicó con la actitud de los patrones de pagar cada vez menos y de exigirles más a los trabajadores; el problema se ahondó al aliarse los obreros poblanos y se puso al rojo vivo porque los industriales de Puebla y de Tlaxcala expidieron un reglamento de labores muy duro; los obreros, a su vez, presentaron un pliego de peticiones justificadas y además recurrieron al arbitraje de Porfirio Díaz el 14 de diciembre de 1906, mientras tanto el hambre apretó a los 30,000 obreros. Los patrones decidieron cerrar la fábrica y no admitir la mediación de Díaz, que fue favorable a los huelguistas. Los obreros movidos por el hambre, recurrieron al robo y la rapiña y la autoridad respondió con violencia matándolos y haciéndolos prisioneros hasta el 9 de enero de 1907.



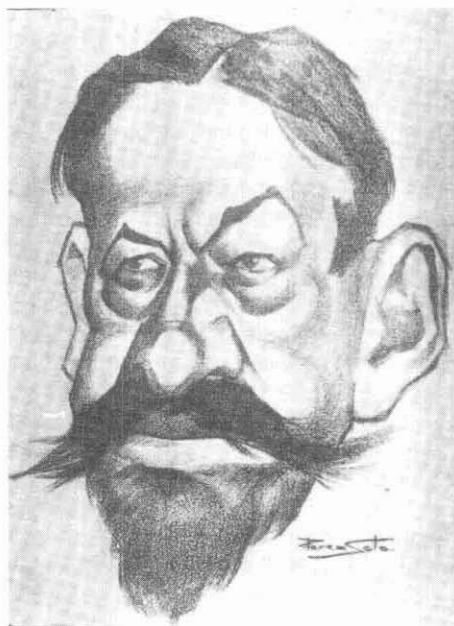
...y de Río Blanco.

Los sacerdotes y la inteligencia católica también se sumaron al antiporfirismo y pusieron en entredicho su tarea pacificadora, liberal y progresista. Cayeron en la cuenta de que las Leyes de Reforma no habían sido derogadas, los funcionarios públicos eran masones, Porfirio Díaz volvía a obsesionarse del "peligro clerical" y que el papa León XIII había recomendado a los sacerdotes que tomaran el partido de los de abajo. En consecuencia se reunió un Congreso Católico en Puebla con el objeto de proponer remedios para conseguir la mejoría moral del indio; el obispo de Tulancingo, José Mora y del Río, reunió a los intelectuales católicos en 1904 para examinar la embriaguez, miseria y servidumbre de los campesinos, y un tercer Congreso agrícola y católico se reunió en Zamora, Michoacán, en 1906 para abogar porque los campesinos tuvieran servicio médico gratuito, aumento de salarios, Cajas de Crédito Reiffeissen, enseñanza de catecismo y de economía doméstica. Porfirio Díaz se encolerizó.

La situación empeoró a partir de 1908 y dio alas a la multitud de descontentos e impacientes. Hubo lluvias y sequías en el país, temblores, heladas, bajó la producción de maíz y frijol cuando la sensibilidad pública se había agudizado; se detuvo el valor de los productos industriales, se precipitó la rama manufacturera, la minerometalúrgica bajó de precio, se depreciaron los metales preciosos, especialmente la plata, así como los metales industriales; se debilitaron las demandas internas y externas de mercancías, la balanza comercial tuvo un saldo adverso. En fin, el deterioro de la vida material intensificó el disgusto social.

Porfirio Díaz no sólo empezó a perder el aplomo, sino que prendió la chispa de la lucha con sus declaraciones del 17 de febrero de 1908 al periodista norteamericano James Creelman, director del *Person's Magazine*, hombre de confianza del Presidente Teodoro Roosevelt, y de su Secretario de Guerra, William H. Taft, diciéndole: "creo que la democracia es el principio verdadero y justo de gobierno"; coincidió con sus enemigos al reconocer que recibió "el Gobierno de manos de un ejército victorioso"; "guardamos las formas del Gobierno republicano y democrático... pero adoptamos una política patriarcal... guiando y restringiendo las tendencias populares con entera fe en que la paz forzada permitirá a la educación, la industria y el comercio desenvolver los elementos de estabilidad y unión de un pueblo de suyo inteligente, suave y sensible". "México tiene ahora una clase media que antes no tenía. La clase media es el elemento activo de la sociedad... Los ricos están demasiado ocupados en sus riquezas y sus dignidades para ser útiles al mejoramiento general". Las declaraciones concluyeron con dos campañas políticas: "me retiraré al concluir este período constitucional y no aceptaré otro" y, "Yo acogeré gustoso un partido de oposición en México. Si aparece, lo veré como una bendición..."

Pasado el azoro causado por las declaraciones a Creelman, los pensadores de la joven generación que sólo murmuraban, escribieron folletos y libros: Queri-



Las declaraciones del presidente Porfirio Díaz al periodista James Creelman encendieron la chispa de la Revolución.

do Moheno publicó, *¿Hacia dónde vamos?*; Manuel Calero, *Cuestiones electorales*; Ricardo García Granados, *El problema de la organización política*; Emilio Vázquez Gómez, *La reelección indefinida*; Francisco de P. Senties, *La organización política de México*; Francisco I. Madero, *La sucesión presidencial en 1910*, y Andrés Molina Enriquez, *Los grandes problemas nacionales*. Aparecieron, además, periódicos con artículos de política y nacieron verdaderos partidos políticos, de los que sobresalieron tres: el reyista, que postulaba al general Bernardo Reyes para la Vicepresidencia de la República y pugnaba por la auténtica autodeterminación de México y la práctica de la libertad; el Democrático, que abogó por escuelas gratuitas, obligatorias, laicas y cívicas, sufragio directo restringido a los alfabetas y jefes de familia, municipio libre, inamovilidad judicial, ejercicio de la libertad de imprenta y de las Leyes de Reforma, inversión fecunda de las reservas de tesoro público, ley agraria en favor del campesino, y legislación laboral. Este partido fue de corta duración y en él sobresalió Manuel Calero. Los dos partidos citados postulaban a Porfirio Díaz para Presidente. El reyista no obtuvo la aceptación del general y además Porfirio Díaz no tardó en mandarlo a Europa a estudiar los armamentos. En fin, Reyes abandonó a sus partidarios, o sea la clase media, incluyendo letrados, la clase obrera y la castrense, en especial a los jefes y oficiales del ejército. El tercer partido fue el Club Antirreleccionista, fundado a mediados de 1909 con unas cuantas personas, algunas de mucho peso como Madero,

Francisco y Emilio Vázquez Gómez, Filomeno Mata, Luis Cabrera, Francisco de P. Senties, Alfredo Robles Domínguez, y José Vasconcelos, que acordaron un programa, cuyo lema fue "Efectividad del Sufragio y No-Reelección", y el 16 de junio de 1909 lanzó un manifiesto en el que hacía ver que hasta entonces la justicia amparaba al más fuerte, sólo una minoría recibía la instrucción pública, los mexicanos eran postergados a los extranjeros, aun en las compañías que controlaba el Gobierno, los obreros emigraban al extranjero en busca de garantías y mejores salarios, se combatía a los yaquis y a los mayas. Para despertar la conciencia cívica y organizar clubes antirreleccionistas en todo el país se emprendieron giras de propaganda. Madero, con su esposa, hizo su primera gira política por la zona obrera de Veracruz, Yucatán y Nuevo León; en la segunda estuvo en los estados de Puebla, Querétaro, Jalisco, Colima, Sinaloa y Sonora. Los discursos que pronunciaron cayeron en tierra fértil y las represiones de las autoridades locales los abonaron. Además Vasconcelos publicó el semanario *El Antirreleccionista* a mediados de 1909, después lo dirigió Félix F. Palavicini y se hizo diario de diatribas que el gobierno clausuró en septiembre de 1909, y se fundaron clubes por doquier. El Club Antirreleccionista, además, se fortaleció con la alianza del Partido Nacionalista Democrático, constituido por los antiguos partidarios de Bernardo Reyes, y los antirreleccionistas publicaron un segundo manifiesto el 15 de abril de 1909 que embistió a la dictadura. El viejo Club Reelectionista reapareció en febrero de 1909, integrado por científicos y conservadores que convocaron a una convención nacional. Asistieron 700 representantes y propusieron a Porfirio Díaz y a Ramón Corral para Presidente y Vicepresidente, respectivamente.

A finales de 1909 sólo quedaron dos partidos, el Antirreleccionista y el Reelectionista. Porfirio Díaz se entrevistó con el presidente William H. Taft el 15 y el 16 de octubre de 1909 en Ciudad Juárez y El Paso, y Madero inició su tercera gira por Guadalajara, Puebla, Tlaxcala y Veracruz.

La Convención Antirreleccionista se reunió el 15 de abril de 1910 en la ciudad de México, con la participación de 200 delegaciones de provincia y representantes del Partido Nacionalista Democrático.¹ Los más se inclinaron por lanzar la candidatura presidencial de Madero, y otros optaron por la de Toribio Esquivel Obregón, y la de Fernando Iglesias Calderón. Para la Vicepresidencia se propusieron las candidaturas de Toribio Esquivel Obregón, José María Pino Suárez, y Francisco Vázquez Gómez, quien ganó por una débil mayoría. Madero triunfó en la convención y amenazó al régimen "si... deseando burlar el voto popular, permite el fraude y quiere... apoyar (lo) con la fuerza,... (ésta) será repelida por la fuerza, por el pueblo resuelto a hacer respetar su soberanía..." Además prometió que una vez en la Presidencia invertiría en la construcción de escuelas, en la mejoría de salarios a maestros y obreros, el fomento de la agricultura por medio

¹ Subsidiario del Partido Democrático y el único que aceptó participar.

Toribio Esquivel Obregón
precandidato
antirreeleccionista a la
vicepresidencia de la
República.



de bancos refaccionarios e hipotecarios, promovería la pequeña propiedad agrícola, sustituiría la leva por la enseñanza militar obligatoria y haría una distribución más justa de los impuestos, reformas constitucionales para suprimir la reelección de Presidente y gobernadores. Al capital extranjero le daría "toda clase de franquicias pero ningún privilegio". La respuesta de Porfirio Díaz fue la aprehensión de Madero, durante su cuarta y última gira, en Monterrey, el 16 de junio de 1910 y su encarcelamiento en San Luis Potosí, así como a muchos de sus adeptos.

El año de 1910 fue de bonanza económica y se reinició el camino del progreso ascendente. La población del país llegaba a 15 millones de habitantes y seguía siendo predominantemente rural. La concentración urbana estaba en el centro de la República y había un creciente número de emigrantes hacia Coahuila, Durango, Chihuahua, Nuevo León y Veracruz. Por otra parte, la población total también siguió siendo infantil y juvenil y dependiendo de los ahora más viejos aún. Los extranjeros sumaban cerca de 17 mil, dedicados primordialmente al comercio, la industria y los transportes, y la fuerza de trabajo casi totalmente era de mexicanos.

En el mes de septiembre se retrajo la pasión política para celebrar en todo el país el Centenario de la Independencia, que fue atestiguado por 36 misiones

diplomáticas: Italia, Japón, Alemania, China, Honduras, Austria, Costa Rica, Guatemala, El Salvador, Brasil, Chile, Argentina, Uruguay, España, Cuba, Portugal, Bélgica, Grecia, Suiza, Venezuela, Colombia, Francia, Bolivia, Holanda, Perú, Ecuador, Rusia, Panamá, Argelia, Noruega, etc. –Gran Bretaña no estuvo representada por el periodo de duelo nacional que pasaba por la muerte del rey Eduardo VIII–, que en su mayoría condecoraron a Porfirio Díaz, y de las que éste dijo en su informe ante el Congreso de la Unión el día 16 que “por la presencia... de distinguidos representantes de los países extranjeros con quienes México cultivaba relaciones internacionales... éstas no pueden ser más halagüeñas ni más satisfactorias... México ve recompensados sus esfuerzos de hace muchos años, y ha alcanzado definitivamente, en el concierto de las naciones el puesto al que ya venía siendo acreedor...” Pasados los festejos, Porfirio Díaz y Ramón Corral fueron declarados reelectos Presidente y Vicepresidente de la República el 4 de octubre de 1910.²

El breve prefacio de la lucha armada

Francisco I. Madero logró escapar de la ciudad de San Luis Potosí el 6 de octubre de 1910, y se refugió en San Antonio, Texas, junto con otros antirreleccionistas, entre los más destacados estuvieron Roque Estrada, Federico González Garza, Juan Sánchez Azcona y Enrique Bordes Mangel. Quienes prepararon las bases financieras, militares e ideológicas de la Revolución armada que simultáneamente se iniciaría el 20 de noviembre en diversos puntos de México con Madero de caudillo y el Plan de San Luis como bandera. En éste, se declaró ley suprema de la Nación el principio de no reelección, se desconoció al Gobierno de Díaz y a las autoridades cuyo poder dimanara del voto popular. Madero asumiría provisionalmente la Presidencia para convocar a elecciones un mes después de que el Ejército Libertador dominara la capital y la mitad de los estados. Otros artículos disponían la forma de ocupar las poblaciones y el nombramiento de gobernadores provisionales, distintivo, grado y disciplina de las tropas y el tratamiento a los prisioneros. Hay que destacar el artículo tercero del Plan, ya que por él quedaban sujetos a revisión las resoluciones y los fallos de los tribunales de la República y los acuerdos de la Secretaría de Fomento, porque durante el Porfiriato y abusando de las tierras baldías, los indígenas habían sido despojados de sus tierras, se integrarían comisiones para dictaminar sobre las responsabilidades de los funcionarios porfiristas y se respetarían los compromisos contraídos por Díaz con gobiernos o corporaciones extranjeras antes del 20 de noviembre de 1910.

² Páginas extractadas de Luis González, “El liberalismo triunfante, 1867-1911”, en *Historia General de México*, t. 3, México, El Colegio de México, 1977, 2a. ed. corregida.

Desde San Antonio, Texas, los antirreleccionistas distribuyeron copias del Plan, cartas, dinero y pertrechos de guerra, así como agentes para acordar con los presuntos jefes del movimiento armado en México, y otros tantos acudieron a San Antonio para recibir instrucciones. De modo que al iniciarse la lucha armada los maderistas contaban con los antiguos miembros del Partido Democrático, Francisco Cossío Robelo y Alfredo Robles Domínguez en la ciudad de México y en el estado de Guerrero, respectivamente; con Ramón Rosales en Hidalgo; en Chihuahua disponían de otros que habían tenido contactos previos con el Partido Liberal Mexicano (PLM), como el agricultor Abraham González y José de la Luz Soto. El propio Madero se proponía cruzar la frontera el 19 de noviembre para ponerse al frente del movimiento.

Las autoridades porfiristas descubrieron la conspiración en la ciudad de México a mediados de noviembre y aprehendieron a sus principales jefes, decomisándoles armas y sobre correspondencia y listas de comprometidos que les permitieron hacer otros arrestos en varias partes del país, así como sacrificar a Aquiles Serdán en Puebla.

Los brotes armados se sucedieron por todo el país³ y antes de concluir el año de 1910 y durante los dos primeros meses de 1911, en el norte y occidente se sucedieron levantamientos al mando de Cástulo Herrera, Toribio Ortega, Guillermo Baca, Jesús Agustín Castro, Orestes Pereyra, Juan M. Banderas, Ramón F. Iturbe, Rafael Cepeda, José María Maytorena, así como de otros que anteriormente tuvieron contactos de diversos grados con el PLM, como José de la Luz Blanco, Gabriel Gavira, Cándido Aguilar, Pascual Orozco y Luis Moya.

Desde un principio el foco principal de la Revolución fue Chihuahua, estado en el que los maderistas coincidieron con los miembros activos del PLM, Prisciliano G. Silva, Lázaro Alanís y Práxedes G. Guerrero. Otros grupos de esta misma filiación al mando del joven sinaloense José María Leyva y de Simon Berhold, tomaron Mexicali; otros, Algodones, Tecate y Tijuana y amagaron Ensenada en Baja California; otros más hostilizaron al Gobierno en Sonora, Veracruz y Tabasco, pero la distancia política e ideológica que separaba a maderistas y floresmagonistas o miembros del PLM se ahondó en Chihuahua con motivo de la aprehensión de Prisciliano G. Silva por negarse a acatar la autoridad de Madero.

El Plan de San Luis Potosí, y en particular el artículo tercero –como ya se dijo–, llenó de esperanzas a los pueblos de Morelos que durante el Porfiriato fueron despojados de sus derechos sobre tierras y aguas por los terratenientes cultiva-

³ Para mayor información, Vid., Santiago Portilla Gil, "Una sociedad en armas. Insurrección antirreleccionista en México, 1910-1911", tesis doctoral, México, El Colegio de México, 1982.

dores de caña. Y si bien hasta finales de 1910 sólo habían surgido algunos levantamientos esporádicos, conspiraba en Villa de Ayala un grupo encabezado por el maestro de escuela Pablo Torres Burgos, y por Emiliano Zapata, presidente, este último, del comité de defensa de los pueblos de Anenecuilco-Ayala-Moyotepec, que se lanzaron a la Revolución maderista el 11 de marzo de 1911. A los pocos días Torres Burgos fue capturado y ejecutado por las fuerzas federales y el mando de los revolucionarios fue recayendo en Zapata, con el apoyo económico de Gildardo Magaña (hijo del principal comerciante de Zamora, Michoacán, liberal y anarcosindicalista); Amador Salazar (vaquero y peón, primo de Zapata); Felipe Neri (ex fogonero de la hacienda de Chinameca); Genovevo de la O. (dirigente del pueblo de Santa María); el maestro de escuela Otilio Montaña, etc., que tomaron varias poblaciones del estado de Morelos y sitiaron Cuautla, la cual sería finalmente evacuada por los federales el 19 de mayo de 1911.

En el estado de Guerrero se pronunciaron los hermanos Ambrosio y Francisco Figueroa, que pronto se convirtieron en enemigos de los zapatistas, y para protegerlos de éstos recibieron dinero de los hacendados. Sin embargo el agente maderista Guillermo García Aragón reunió a Ambrosio y a Emiliano el 22 de abril y logró que llegaran a un acuerdo, dándoles independencia de mando en cada uno de los estados y sólo cuando operaran en el del otro debían sujetarse al jefe de la región designada.

En el noroeste de la República, los maderistas continuaron atacando las poblaciones de Sonora, Sinaloa, Tepic, Jalisco y Zacatecas, mientras la Revolución también se extendía por Coahuila, Aguascalientes, Tlaxcala y Yucatán. Sin embargo, Chihuahua y el norte de Durango siguieron siendo el foco más importante de la Revolución.

En resumen, entre noviembre de 1910 y mayo de 1911 las más importantes operaciones militares tuvieron lugar a lo largo de las vías férreas en el norte, occidente y oriente del país, porque los ferrocarriles eran indispensables para el transporte de tropa y elementos de campaña, así como para tener contacto con la frontera norteamericana para abastecerse de armas. En el resto del país el ejército federal se concretó a guardar las poblaciones con pocos elementos que fueron fácil presa de los revolucionarios.

Aunque Porfirio Díaz había organizado un ejército poderoso y disciplinado, como las demás instituciones de su régimen manifestó síntomas de descomposición. El propio Díaz conservó el mando y la *Secretaría de Guerra y Marina* sólo fue su instrumento para transmitir órdenes. Lo desarticuló en 10 jurisdicciones militares o zonas –al mando de generales viejos e ineptos o sin experiencia teórico práctica–, a las que subdividió en 30 mandos territoriales o jefaturas de armas, de manera que durante la Revolución la cabeza y el brazo ejecutor resultaron muy



Las operaciones militares de los maderistas tuvieron lugar a lo largo de las vías férreas.

poco eficaces. La tropa, por otra parte, estaba integrada por consignación y leva, combatió forzada y sin ideales, sin contar con que estaba resentida por la explotación de que era objeto de los oficiales subalternos. Por último, el efectivo de las fuerzas federales en las nóminas ascendía a 31 mil hombres, incluyendo a los rurales, pero de hecho apenas llegaban a 14 mil. A estos males de fondo hubo que agregar lo desafortunado de las medidas que se tomaron: la campaña fue dirigida desde el Palacio Nacional, y por Díaz; la incompetencia del Ministro de Guerra, Manuel González Cosío, y del estado mayor; la movilización tardía e insuficiente del ejército y lo inapropiado de sus elementos. O sea tropa pesada de línea –excepto los cuerpos rurales–, que continuamente fueron víctimas de emboscadas y asechanzas y jamás dieron alcance a las revolucionarias; la mala distribución de la artillería de montaña y de las ametralladoras, el desconocimiento del terreno, la deficiencia de los servicios de espionaje, información, exploración y aprovisionamiento. La combinación de todos esos elementos nulificó las victorias federales, persistió la insurrección, se multiplicaron los amagos a las poblaciones y las guerrillas sorprendieron continuamente al ejército porfirista, que en general guardó la actitud pasiva de defender ciudades.

Marzo fue el mes definitivo de la Revolución. La ineptitud que para entonces demostró el Gobierno porfirista para apagar el fuego, hizo pensar que ya no tenía fuerza ni solidez, que tras de su imponente fachada había un enorme vacío. El propio Díaz se percató de la situación, ya que el día 24 “renunciaron” los secretarios del gabinete, con excepción de José Yves Limantour y Manuel González Cosío; a la Secretaría de Relaciones Exteriores entró Francisco León de la Barra. El primero de abril, el propio Díaz rindió el que habría de ser su último Informe Presidencial ante la XXV Legislatura del Congreso de la Unión, en el que propuso reformas verdaderamente importantes: la no reelección que aseguraba su retiro en 1916; el castigo pronto de abusos cometidos por instituciones oficiales y gobernadores; la reforma de la Ley Electoral hasta el punto de hacer efectivo el sufragio; la reorganización del Poder Judicial con miras a independizarlo del Ejecutivo y el fraccionamiento de los latifundios. Además, en el mismo mes trató de poner en práctica medidas militares que resultaron tardías e ineficaces, como las de aumentar los cuerpos rurales de 12 a 14, dar gratificaciones y doblar el efectivo de todos los cuerpos del ejército, y llamar al general Bernardo Reyes, a quien meses atrás se había desterrado en Europa. Para entonces la Revolución había cobrado auge y estaba a punto de poner fin a una era. Los hombres de negocios se preguntaban si Díaz sería capaz de restaurar el orden, las clases que Vera Estañol llamó “conscientes” urgían regenerar la administración de la justicia, poner coto a las arbitrariedades de los jefes políticos y alejar del poder a los científicos. En la masa de la población rápidamente se menguaban el temor y la reverencia, los obreros y los peones cada día aumentaban las filas revolucionarias, en las poblaciones que estaban en poder de los federales, la simpatía hacia sus contrarios se manifes-

taba en corrillos, discursos públicos y manifestaciones callejeras, y en las regiones frecuentadas por los revolucionarios les demostraban su adhesión proporcionándoles informes y todo género de facilidades. Actitud que secundaron los operarios, telegrafistas y empleados subalternos de los ferrocarriles.

Azoro internacional

Aunque durante el Porfiriato sólo fueron importantes las relaciones directas con Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y Centroamérica, México las tuvo con la mayoría de los países del mundo y los comisionados que asistieron a la celebración del Centenario de la Independencia; en septiembre de 1910, fueron testigos de la fastuosidad de los festejos y del progreso material. De suerte que cuando se difundió por el mundo la iniciación de la Revolución, dichos comisionados que hacía tan pocas semanas habían visto un país aparentemente en paz, jubiloso y con gran progreso material se negaron a creer que alguien osara levantarse contra el régimen, y tanto ante sus propios gobiernos como en las declaraciones que hicieron a la prensa de sus respectivos países, afirmaron la fuerza y la estabilidad del régimen porfirista, asegurando que mientras Díaz viviera no habría una verdadera Revolución.



Francisco León de la Barra,
Secretario de Relaciones en
el Gabinete de Díaz desde
marzo de 1911.

Aunque de diciembre de 1910 a febrero de 1911 disminuyeron los comentarios en la prensa, siguieron predominando los favorables a don Porfirio, considerándolo sabio e idolatrado por su pueblo, con un Gobierno sólido, digno del respeto mundial, estable, regenerador y que garantizaba las inversiones extranjeras. Pero a partir del mes de marzo hubo un cambio notable en la prensa internacional, predominando las interrogaciones sobre qué era lo que realmente pasaba en México, ya que la Revolución estaba resultando un movimiento serio, y Díaz incapaz de sofocarlo, atribuyendo esto último a que ya estaba viejo, débil, lleno de miedo, enfermo y aún llegaron a asegurar que había muerto. Sin contar con que también lo acusaron de que con tal de conservar el poder, estaba provocando la intervención de Estados Unidos y de que les cedería Baja California, o bien de que a Japón le entregaría Bahía Magdalena a cambio de su apoyo para rechazar la intervención norteamericana en nuestro país.⁴ También se acusó a Joaquín Casasús de haber ido a pedir a Estados Unidos que interviniera en los asuntos internos de México, de que movilizara fuerzas a la frontera y de que éstas la traspusieran.⁵ Por otra parte, los financieros europeos declararon que si Estados Unidos no restablecía el orden, sus gobiernos intervendrían en México para salvar sus cuantiosas inversiones.⁶

Desde el inicio del movimiento armado en noviembre de 1910 hasta marzo de 1911, el Presidente de Estados Unidos, William H. Taft, y su Secretario de Estado, Philander C. Knox, reiteradamente manifestaron su confianza en que Díaz restablecería el orden, pero instigados principalmente por su embajador en México, Henry Lane Wilson, empezaron a dudar hacia los meses de febrero y marzo de la estabilidad del régimen, hasta concluir que la situación era peligrosa y que el país iba a la anarquía, y Taft ordenó el 8 de marzo la movilización de 20,000 hombres a la frontera con México y de barcos de guerra a puertos mexicanos.

⁴ Vid., Berta Ulloa, *Revolución mexicana, 1910-1920*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores de México, 1985, 2a. ed. (Archivo Histórico Diplomático. Guías para la Historia Diplomática de México, No. 3).

⁵ Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato, vida política exterior, segunda parte*, México, ed. Hermes, 1963, pp. 380-382.

⁶ Vid., Ulloa, *op. cit.*